

les de la Huerta, donde tenian ya hecho el hoyo. Acertòlo à ver desde su Corredor el Guardian, y preguntò: ¿Donde llevais à Aparicio? Y respondieron: Padre nuestro, està muerto, y lo llevamos à enterrar. Entonces dixe yo: Padre Guardian, ¿yo estoy muerto? Y visto por el Guardian, que havia respondido, les dixo: ¿Pues como si habla està muerto? A lo qual los dichos Choristas dixeron: Padre nuestro, muchos muertos hablan, y uno de ellos es el Hermano Aparicio; y ultimadamente el dicho Guardian les mandò que me dexassen; que de otra suerte ya yo estuviera enterrado.

Prueba tan singular de su santa sencillez, que ignoramos tenga en la Historia Eclesiástica semejante.



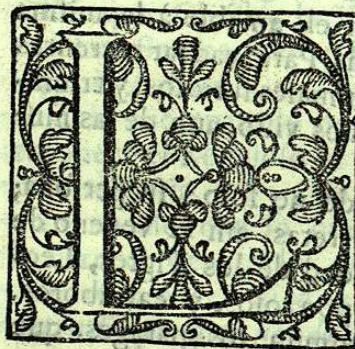
LIBRO



LIBRO SEGUNDO
DE LA VIDA PRODIGIOSA
DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
F. SEBASTIAN DE APARICIO
RELIGIOSO LEGO DE LA REGULAR
Observancia de N. S. P. S. Francisco.

CAPITULO I.

De la maravillosa Fé del Venerable Siervo de Dios.



IA FÉ, SIN LA QUAL ES imposible agradar à Dios, fuè virtud tan dominante en el espíritu de Aparicio, que aun quando ya era Maestro consumado en la práctica de todas las demás, solia decir: *Que no sabia mas, que se firme como el azero, y no perder à Dios de vista.* Con este gran principio comenzó à conducirse desde los primeros destellos de su razon, hasta consumir la gloriosa carrera de su vida.

vida. Este era el que le llevaba al Templo en aquellos hermosos dias de su infancia à testificar al pie de los Altares, por medio de sus fervientes Oraciones, su verdadera creencia. Y el candor de esta el que le hizo defender à todo trance el de su pureza, dandole à conocer la de aquel que la tiene por blason: y con la que sellò todas sus grandes empreñas, en la variedad de destinos, en que se ocupò en esta Nueva España.

Consultòle en ella un devoto fuyo cierto negocio, que segun aparece de su respuesta, era de notable arduidad, y animòle Aparicio à emprenderlo con decirle: *Tened fé, y con ella, si fuere necesario, trasladarèis Montes, como yo tambien lo podria hacer.* La verdad de este dictamen, que sugeria à los estraños, fuè el movil poderoso, que le inspirò seguridad, para arrostrar à tantas dificultades, y tan superiores à sus fuerzas: para allanar Montes, igualar Valles, desmontar Bosques, y abrir caminos por donde introducirse hasta el corazon, entonces, de la barbarie, y hacerse en èl amable à la misma ferocidad de los Chichimecas: Para vadear torrentes profundísimos, domesticar animales furiosos, y triumphar tantas veces como hemos visto, aun de las mismas furias del Infierno.

Aquel haver respetado no solo à su persona, mas à los Bueyes de sus Carretas, assi el veneno de las Viboras, como la voracidad de los Tigres, Leopardos, y demàs animales ponzoñosos, y carniboros, de que abundaban por lo comun los parages, que transitaba, assi de dia, como por la noche, las mas veces à pie, descalzo, y solo, era efecto, por sin duda, del mérito relevante de su fé; los ardores de
cuya

cuya llama se hicieron visibles con los raptos, que muchas veces padecia à la fuerza de la contemplacion de sus mysterios, y de que salia abrasado en aquellos deseos, con que incessantemente anhelaba por la conversion de los Infieles, y pecadores, tanto de este Imperio Mexicano, quanto de todo el mundo.

Consigniente de aquellos era su odio contra la obstinacion de los Hereges, y proterbia de los Judios; y assi tratandose en cierta ocasion en su presencia de la ceguedad de estos infelices, se expresó el zelo de Aparicio en estos términos: *Estos perros Judios, que no quieren crèr, que ha venido mi Señor Jesu Christo.* Uno de los Religiosos concurrentes, que lo oyò, y que conocia su sencillez, le dixo: que no tratasse de aquella fuerte à sus proximos; mas èl, sin perder de vista la calidad, que se los hacia aborrecibles, respondió: *No son mis proximos los que no creen en mi Señor Jesu-Christo; sino perros Hereges.* Y instandole aquel, que mirasse, que Christo, la Virgen, San Joseph, y otros muchos Santos fueron Judios: *Mirad lo que decís,* replicò Aparicio, mostrando en el semblante un santo zelo acompañado de su genial candor. Explicòle entonces el Religioso la verdad de la denominacion, por la Patria, y Pais de Judèa, en que aquellos havian nacido; con lo que moderado en su ira santa, le dixo el Venerable: *Ahora yo lo creo por decirlo vos: mas ahora digo, que son peores de lo que yo entendi; porque siendo Christo de Judèa no creen en èl como yo.*

Las mas comunes demostraciones, con que solia sensibilizar Aparicio por su parte aquella virtud,

tud, eran así su devoción à la Santísima Virgen, ante cuyo altar derramaba su corazón en frecuentes, y dilatadas oraciones, como al Augustísimo Sacramento del Altar, Mysterio por excelencia de nuestra fé, à que acompañaba la de la frecuente repetición del Credo, en la firmeza de la creencia de cuyas verdades se recreaba de tal suerte su espíritu, que al oír que se lo cantaban los Religiosos ya en los últimos instantes de su vida, dió visibles señales del gozo, y alegría, que le causaba el espirar entre las voces, que publicaban su protesta. Corresponiendo el Cielo por la suya con manifestar su heroicidad, en que exerciese su imperio, no solo sobre las enfermedades mas incurables; sino aun sobre la misma muerte, como lo experimentò este Nuevo Mundo en mas de mil y doscientos milagros, obrados por el mérito de la fé de este su nuevo Taumaturgo à beneficio de sus habitantes, y entre ellos algunos muertos resucitados, de que despues diremos.

La fama de sus muchos prodigios, que havia llegado à oídos del ya citado R. P. Fr. Juan de Santa Anna antes de conocerlo, le hacia desear ocasion en que tratarlo, y examinar à fondo su conducta, ò para aprender algunos nuevos dogmas de su devoción; ò para instruirle en los comunes de la Mística; pareciendole extraño, que un hombre aplicado continuamente à empleos, no solo laboriosos, sino rústicos, viles, y manuales, pudiesse haver llegado en aquella à la sublimidad, que de él se publicaba. Logró en efecto su deseo, hallandose en una Hacienda de campo, à la que llegó el Venerable llevado de la precisión de su exercicio. Saludòle aquel con expresiones dignas de un fraternal amor, que correspondió

dió Aparicio diciendole: *¡O poca ropa!* (tratamiento que daba à todo Religioso descalzo) *¿quien os ha traído por acá? En verdad, que me huelgo; porque yo he de estar aqui hoy, y mañana, y con esso nos iremos, si à Dios place;* y prosiguió dandole razon de su viage, y de la que havia tenido para haver passado en el campo la noche antecedente. Preguntòle el P. Santa Anna, *¿si no tenia pavor de dormir en tales despoblados, habiendo sido tan perseguido de los Demonios; à que respondió: Que no tenia ya miedo, aunque viesse mas Demonios, que moscas; porque no le podian hacer mal ninguno, si no tenían licencia de Dios.* Continúo haciendole diversas preguntas acerca de su modo de vida, y exercicios espirituales; à todo lo qual satisfizo el Venerable diciendole: *Mirad, poca ropa, lo que yo hago es, hacer lo que me manda la obediencia, duermo donde puedo, como lo que Dios me embia, visto lo que me dà el Convento; pero sobre todo, sé dura como azero, y no perder à Dios de vista, que es lo seguro.* Edificado aquel, como correspondia, de la sublimidad de perfección, que incluia esta simple respuesta, y habiendo reconocido por el examen, que prosiguió de lo mas íntimo de su espíritu, la solidez de su virtud, preguntòle por último, *¿si no le ofrecia à Dios sus continuos trabajos? A que respondió Aparicio: Claro està; ¿pues si no, como pudiera yo passar? A él se los ofrezco, y à mi Padre S. Francisco, por quien lo hago: ellos me lo recibirán en descuento de mis pecados, para que con esso me salve.* Indicando igualmente quantante se hallaba despues de haver expuesto la firmeza de su fé, de perder à Dios de vista su esperanza.

CAPITULO II.

De su generosa Esperanza.



A que indicaron entonces sus palabras, tenía mas firme apoyo en todas, y cada una de sus obras, manifestando claramente con la generosidad de su práctica, que no se excedían en firmeza la una à la otra de estas dos virtudes. La esperanza de los bienes eternos, que creía, colocò su ánimo en una esfera tan superior à todo lo criado, que à fin de ganar à Christo, llegó à reputarlo todo por basura, y estiércol, como se explicó el mismo en la ocasión, que ya diximos. Desde que comenzò à hacerse de riquezas en fuerza de su trabajo personal, empezó tambien à estudiar en no dexarse abatir del peso de ellas; formando alas de las mismas, para volar à aquel à quien jamás perdían de vista sus deseos, con trasladarlas à manos de los pobres; hasta manifestar, que vivía tan ageno de esperar en sus thesoros, que no solo estaba impaciente porque los poseía; mas porque no renunciaba por medio de la profesión religiosa aun à la misma esperanza de poseerlos.

Haviendo reservado mil pesos, como dexamos dicho, para socorro de sus necesidades, despues de la circunstanciada donación de quanto tenía; aun
 M
 quan-

quando parecia mas prudente la reserva por las dudas, que padecia su profesión, sin aguardar à que aquellas se resolviessen, ordenò, que se distribuyessen entre los pobres; reputando su retención por una especie de agravio de su esperanza.

Arrojòse tan del todo en brazos de esta, luego que renunciò absolutamente à las del siglo, que jamás cuidò en el demàs resto de su vida ni aun de su precioso alimento; esperando solo de lo alto, en donde tenía depositado su corazón, la provisión de los medios de conservar su vida. En prueba de lo qual caminaba siempre con los ojos puestos en el Cielo, entreteniendo con lo material de su vista su esperanza, quando lo dexaban en libertad los ministerios, en que le tenía ocupado la obediencia; y allí disfrutaba por las noches mas à satisfaccion aquellas sus delicias; para lo qual gustaba de dormir siempre al descubierto, expuesto à todo el rigor de los temporales, no solo quando andaba por el campo; mas aun estando recogido en el Convento. Los Religiosos, y Seculares, que observaron aquella su costumbre, le suplicaron en varias ocasiones la reformasse por lo perjudicial, que debìa ser à su salud, y se retirasse baxo de techado, donde à mas de evitar aquel peligro, se podria entregar con mayor quietud, y secreto à la Oración; mas el les replicaba: *Lo hago, porque me alegro de ver el Cielo, à donde por la bondad de Dios espero subir: mirad que lindo es, y como lucen las estrellas.*

De aqui provino, que haviendose retirado en una ocasión, vejado de sus prolixos accidentes, à la Enfermería; la primera noche, estando ya todos los Religiosos recogidos, se salió de la Celda, y fuè à
 2
 la

la Huerta, donde gozando de aquel su suspirado aspecto, y puesto en Oracion, no solo se hallò libre de la enfermedad, que entonces le asligia; sino que habiendo caido toda la noche una recia; y continua lluvia, no se atrevió esta à ofenderle ni aun con su humedad. Un Secular, que se hallaba retraido en el Convento, y que lo havia observado immobil en medio del rigor del aguacero, se ocultò al tiempo de retirarse à la Celda el Venerable, para tocarle secretamente el Hábito, y se certificò, igualmente que con las manos, con su asombro, de la verdad del milagro. Presentòse despues el santo Hombre ya libre de su dolencia al Enfermero; y preguntandole èste la causa de su intempestiva salud, le respondió con su acostumbraada candidez: *Dios, y mi Padre S. Francisco me han sanado.*

Molestado otra vez de mas executiva enfermedad, se salió tambien por la noche, teniendose de un pobre báculo, de la Celda, que se le havia señalado, à un pequeño Portal, que se hallaba à la entrada de la misma Huerta; y recostandose sobre una tabla con alegre semblante, aun en medio de la agudeza de sus dolores, se mantuvo assi toda la noche contemplando la hermosura de los Cielos. El Enfermero, que despues de haver registrado en busca suya todo el Convento, lo encontró de aquel modo en el referido lugar, lo reprehendió con aspereza, à que satisfizo Aparicio con la mayor dulzura, diciendole: *Sakime à lo claro, porque aqui no està la muerte, y en lo obscuro si; que no es bien dormir sino en lugar donde se pueda ver el Cielo, y las estrellas.*

Haviendole llevado finalmente su última enfer-

fermedad à una de las mismas Celdas de la Enfermeria, y mandadole el Guardian se mantuviesse en ella, le suplicò con instancia el Venerable, se le permitiesse passar su accidente en un lugar desde el qual pudiesse estar mirando al Cielo; porque lo contrario, decia, seria lo mismo que apresurarle la muerte. Penedrado el Guardian de su ruego, vino en que se pudiesse en el tránsito de la misma Enfermeria cerca de una ventana, por la qual continuò à recrearse su esperanza, ministrandole la misma, al passo que la concebía mas inmediata, la mas dulce impaciencia por entrar à la deseada possession del Sumo Bien.

CAPITULO III.

De su Charidad para con Dios:



DUANTO hasta aqui hemos dicho de prodigioso, sublime, y heroico, de la fé, y esperanza del Venerable Siervo de Dios Aparicio, tenia por primer movil à la charidad, la mas visible contraseña de la qual fue la mas pura observancia de su Ley, no habiendo cometido ni una sola culpa mortal en toda la dilatada carrera de su vida. Pero como al passo que abanzaba en los años, crecia tambien el fuego de aquella; de la guarda de los preceptos pasó no solo

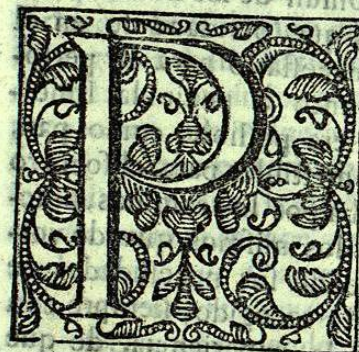
à desempeñar con heroica resolución la mas puntual, y admirable de los consejos; mas à hacer frente à los mismos impossibles. No havia para èl dificultades, ni peligros, siempre que se le interponia por motivo el amor de Dios. Los estanques elados, y los torrentes mas copiosos, à que solia arrojarle, hacian solo las veces de un ligerò rocío, que lexos de moderar sus ardores, encendian mas la fragua de su pecho. De este admirable principio provenia el andar casi siempre sumergida su alma en la mas profunda, y fervorosa contemplacion, à que seguian (à vueltas de los deliquios amorosos, que le hacian olvidar aun el uso precísso de los sentidos) las quejas de que no amaba à su Dios quanto debia.

Aquella santa abstraccion, junta al tosco disfraz con que procuraba ocultar siempre lo heroico de su espíritu, le hacia anhelar continuamente à su proprio desprecio, por medio del comun desaliño con que se presentaba, aun en las ocasiones en que era mas freqüente el concurso, y mayor la publicidad. Entrò cierta vez con aquel su acostumbrado desaseo en la Ciudad de Tlaxcala, y llegando à la puerta de una de sus Casas à pedir limosna; una niña de ella, que lo viò, echò à correr gritando: *El Frayle Loco, el Frayle Loco*; lo que oido por la Madre, y advirtiendo, que se dirigia à Aparicio aquel baldon, indignada contra ella diò señas de quererla castigar; mas aplacòla el Siervo de Dios diciendole: *Dexadla, que tiene razon; porque si yo no fuera Loco, amara mucho à Dios.*

De esta suerte se expressaba, sin haverse dado por satisfecho su amor al mismo Señor con todo quanto por èl havia obrado desde la edad de ocho años,

años, hasta los últimos instantes de su vida, como lo diò à entender una hora antes de morir, en que dixo à su Guardian: *Que amaba tanto à Dios, y havia deseado amarlo tanto, que si se ofreciera ocasion, y convinieste assi à su honra, y gloria, moriria mil muertes por èl, y que solo por el amor de Dios havia maltratado su cuerpo noventa años.*

CAPITULO IV.

De su Charidad con los Proximos.

DOCO le parecia al amor con que atendia à sus Proximos Aparicio el igualarlos en la atencion à sus alivios à sí mismo; y assi se sujetaba de buena gana à las estrechezas, con tal que lograsen aquellos los mayores en sus necesidades. En orden à este fin empleò su zelo todo su corazon, y con èl las manos, la lengua, la hacienda, el decoro, y la misma vida; y en lo que no era possible à sus facultades, llegó à empennar tambien, como hemos visto, la misma Omnipotencia. Lo cierto es, que para haver de historiar completamente los admirables acacimientos de la generosidad de su beneficencia, de su incomparable charidad, y de su compassion (en atencion à no haberle